

LIBRARY
MUSEO DE LA CIUDAD DE MADRID

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 15 DE DICIEMBRE DE 1909.

NÚM. 103.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

Indudablemente que para el paseo y la calle no existe un vestido tan práctico y elegante como el de hechura sastrera en homespun ó cualquier otro tisú un poco rugoso.

Es el primero, de los dos figurines de nuestra portada, uno de estos vestidos de corte Princesa de ocho lados, con cierre por delante.

El cuerpo arranca de un canesú cuadrado de tul sobre el mismo vicio de la tela, y va adornado con un precioso abasco de *soutache*.

Las mangas se componen de tres piezas, una hasta el codo fruncida por arriba y adornada en su borde, del que arranca un pequeño farol para el juego del codo, que termina en un puño estrecho hasta la muñeca.

En los paños laterales de la falda lleva unos volantes pilsados con guarnición triangular adornada.

El segundo modelo es de gran novedad dentro de la moda.

Los paños laterales forman tirantes, y arrancando de la cadera y por bajo de ellos cife el busto una cintura de seda con nudo por detrás; estos paños van abotonados á los costados, si nudo corta y redonda la falda.

Las mangas van fruncidas por arriba y son rectas, llevando sobrepuesta la costura exterior con una carrera de botones como si fueran abrochadas.

El descote del cuerpo es redondo, con adorno de una franja de seda del mismo color que la cintura.

En la doble plana, con el número 1, traje de invierno en paño. Chaqueta rusa adornada de trenilla y motivos de *soutache*; bolitas de pasamanería y bordes de zibelina. Falda de cuatro paños.

Número 2.—Traje de calle en terciopelo; cuerpo terminado en punta hacia la cintura; canesú bordado de *soutache*, tono sobre tono, y borde análogo en las mangas y el cinturón; bordes de marta del Canadá; parte de la tela en pliegues intercalados en forma corselete, cuyos pliegues simulan continuar en la falda, que es de tres paños; cierre por detrás, y el del cuerpo, por delante, al lado.

Número 3.—Traje de paseo en paño; cuerpo-blusa forma bolero, con los paños laterales fruncidos, añadido sobre canesú de tela; botones de la misma tela y bieses de terciopelo; cintura y sardinetas en tela; plastrón y bufantes en tela rayada. Falda en seda con pliegues de pespunte como el cuerpo. Cierre por delante al lado.

Número 4.—Traje de invierno en paño, con chaqueta medio ajustada, con costuras curvadas que se dirigen atrás; cuello chal de piel de marta; botones de tela. Falda plegada sobre los lados.

Número 5.—Traje Princesa en paño, con el alto fruncido y cruzado; sobre-

mangas; ancho cuello y bordado inglés; lazo en liberty; solapas; plastrón y vuelos en terciopelo, y bajo cortado en forma de túnica; cierre por detrás.

Número 6.—Traje Princesa en paño; plastrón y solapas con bordados al realce en colores; botones bordados en colores también; bieses adornados las sobremangas ajustadas, en terciopelo del mismo tono.

Número 7.—Traje en paño seda, con el alto con paños laterales simulando solapas y adornados de botones de la misma tela; pechero pegado á lo largo; bordado de realce; biese en terciopelo; plastrón en muselina; cintura corselete en terciopelo negro obrepulgado y bordado de *soutache*. Falda de cola de tres paños; cierre por detrás.

Número 8.—Traje trotero, en paño, con larga chaqueta con delantero y dorso, con sardinetas cortadas sobre los paños laterales plegados; cuello vuelto con moaré, adornado con sardinetas aplicadas. Falda plegada.

En la última plana, labores artísticas para bordar al realce.

Nombre de Filomena para sábanas. Centro adorna con las cifras JS enlazadas para servicio de mesa.

Nombre de Auro: ita para sábanas y juego de cama para niñas.

Enlaces de las letras RG, AB y JZ para servilletas.

Nombre de Faustina para ropa blanca de señora.

Y anagrama de las letras A O y T para pañuelos.

En nuestro suplemento:
Una plana de Lencería fina, por M. Salvi.

Número 1.—Camisa de noche, guarnecida de plisées, alternados de entredoses bordados, pequeña barca orlada de puntillas de encaje y dos rosas de cinta.

Número 2.—Camisa de día forma Imperio, cuerpo escote de plisées adornado de entredoses bordados y motivos ídem, montado á frunces y adornada en el bajo con puntilla de encaje.

Número 3.—Ligas de cinta de raso malva con hebillas y choces de cinta cometa heliotropo.

Número 4.—Enagua con volantes festonados y bordados, y bajo éstos volante de encaje; sobre los volantes entredós abierto con cinta pasada.

Número 5.—Pañuelo festonado y bordado con puntilla de encaje.

Otra plana de Labores artísticas, por M. Salvi.

Número 1.—D E F, continuación de abecedario para bordar servilletas.

Números 2 y 3.—Enlaces PS y DN para pañuelos.

Número 4.—Escudo modernista para bordar en almohadas al realce, punto de armas y enjabado.

Números 5 y 6.—Nombres de Consuelo y Felisa para bordar en toallas con algodones maravillosos de colores lavables.

ECOS DE LA MODA

Fijada ya en los modelos invernales una orientación general, queda reducido el problema al modo de servirse de ellos de una manera lógica. Esto es, que hay que tener lo que se llama «golpe de vista» para que costureras y modistos sepan discernir lo que á cada cliente pueda «sentar» mejor, é «irle bien» con su tipo. La estatura, la edad, la fisonomía, etc. Hay que tener en cuenta todo esto para dar á cada una lo que estéticamente le corresponda.

No se crea que es fácil tarea convencer á las señoras de que no «se hagan» una prenda que les gusta; pero que les ha de sentar «como á un Santo Cristo un par de pistolas». Lo que se creó para un talle elegante y esbelto, no puede, en manera alguna, convenir á las regordetas, pongo por ejemplo.

Las gruesas deben elegir modelos muy sencillos, á fin de hacer que el volumen aparezca más pequeño.

La mayor ó menor cantidad de adornos en un traje, determina la perfección del conjunto. Para ello basta con utilizarlos, poniendo en la elección un poquito de sentido común.

He aquí un bonito modelo de *toilette*, á propósito para visitas que no sean de mucho cumplido, en paño negro, muy fino. Chaqueta semi-larga, cruzada hasta muy abajo. Nada de adornos. Sombrero de terciopelo negro. Esta *toilette*, esencialmente sobria, es de una elegancia suprema. Según la estación, ha de llevarse *écharpe* ó una piel, con manguito formando juego.—Todo el vestido de terciopelo negro también está muy de moda. Se trata de una *toilette* que conviene á cualquier edad y que, por lo general, le va bien á todo el mundo.

Una preciosa novedad «de última» consiste en las levitas bordeadas de rodillos de piel. Esta *toilette*, lujosísima, hay que completarla con espléndidas pieles, *écharpe* y manguito de zibelina.

Son los terciopelos en mezcla artística con muselinas de seda, encaje y bordados, lo que constituye la *toilette* de ceremonia, propiamente dicha; bien

advertido que este género de trajes lujosísimos no deben llevarse más que á una solemnidad palatina ó á una boda de alto y aristocrático rumbo.

Hemos visto una preciosa salida de teatro en terciopelo rosa. Está bordada con rosas de oro y con preciosos y originales adornos en bandas de zibelina. También lleva una capucha en viejo encaje de Alençon. El suntuoso abrigo está destinado á una joven princesa, de la que se habla mucho en la actualidad con motivo de la elección de novia del rey D. Manuel de Portugal.

En tejidos de lujo imperan los *moirés* con hilos de oro y plata, las gasas aterciopeladas, los tules cribados de perlas y de bordados delicadísimos.

No olvidéis, queridas lectoras, que si en estas croniquillas alguna vez os hablo de *toilettes* principescas, no es para incitaros á que tratéis de hacer de los modelos una ridícula parodia.

Yo hablo de vez en cuando de ecos del gran mundo á título de curiosidad, y no para contribuir á que echéis «vuestra cabecita á pájaros». Con que ojo, amiguitas mías!, que nada hay más peligroso que «estirar el pie más allá de lo que nos dé la sábana».

LA CONDESA FLOR DE LIS



Anagrama de dos CC para bordar en servilletas.

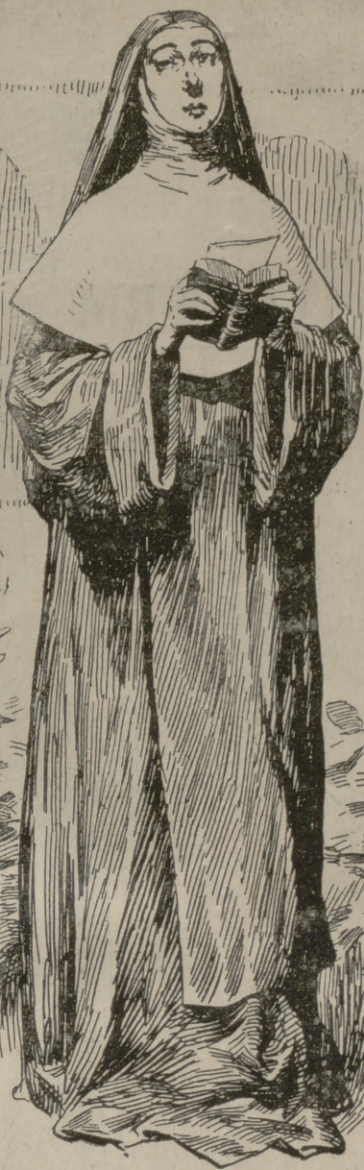
Festones para bordar, Fuentes, 7.

La Sed de Amar



LO PASADO

Fuí armado caballero...
Junto al brocal de un pozo
—cual lo exigía la Orden—
mis armas velé en una
hora, triste y callada,
de una noche de luna...
Mi viejo Rocinante
piafaba de alborozo...
Salí en pos de aventuras,
llena el alma de gozo
por mis anchos dominios...
Y mi buena fortuna
deparóme muy luego
la ocasión oportuna
de probaros el temple
de mi vigor de mozo...
Sancho me aconsejaba
con su instinto certero,
que era el dón más preclaro
de mi fiel escudero:
—«¡Ved, señor, que es molino
lo que creéis gigante!»—
Pero yo, por salvaros,
—¡oh, princesa encantada
de mis locos ensueños!—,
no hice caso de nada...
¡Y por vos fenecemos
Sancho, yo y Rocinante!!...



LO PRESENTE

...Caballero en un rayo
de la Luna, sonriente
ví la gloria de oro
de una bella mañana...
Desgranaba las perlas
de un cantar la fontana...
Y dormían las aves
en el nido silente...
Un albor de milagro
renacía en Oriente...
Y—¡oh, mi dulce clarisa!—
por la abierta ventana
de tu celda sedante
ví la paz soberana
de tu vida de núbil
en el claustro muriente...
...Y en tus glaucas pupilas
ví una luz de quimera...
Y, en el místico encanto
de la cita postrera,
yo aspiré un suave aroma
de dulzura infinita...
...Y encendió la impaciencia
los ardores de mi alma...
...¡mientras tú sonreías
con la escéptica calma
de la virgen prudente
que no acude á la cita!...



LO PORVENIR

Ya me han dicho, *milady*,
que es usted sufragista.
Lo celebro. ¿No es esa
la mejor plataforma
para que una *milady*
pueda hallar una forma
de que triunfen los fueros
de la grey feminista?...
Cuente usted con mi apoyo
para hacer la conquista
—que yo creo muy justa—
de esa noble reforma...
All right. That is the que-tion.
El que no se conforma
con que voten ustedes
es un hombre egoísta...
Yo poseo una renta
de cien libras mensuales...
al semestre, seiscientas...
mil doscientas anuales...
Yo le ofrezco mi mano
y un destino en la casa
Jámeson, Bright and Company,
Brown Square, three and five.
También debo decirle
que soy hombre que pasa
casi, casi por todo...
(La respuesta á *High-life*).
CARLOS MIRANDA.



LENCERIA
FINA

M. SALVI

PARA ELLAS...

FELICIDAD

¡Qué sorpresa tan grande recibió la joven cuando, al abrir la puerta, se encontró con su querida Luisita!

Amigas desde la infancia, se profesaban un cariño fraternal que no había amenguado en nada desde que se separaron, al salir del colegio, donde se habían educado juntas.

Cinco años hacía esta separación, y desde entonces no se habían vuelto a ver.

Aurora regresó á su pueblo una vez terminada su educación, y Luisita se quedó en la corte por exigencias de su posición.

Pasados los primeros transportes de alegría, y no cansadas de los besos y caricias que mutuamente se prodigaban, la impetuosa curiosidad les hizo ir entrando poco á poco en el terreno de las confidencias.

—¡Pero qué hermosa estás, mi querida Luisita!—decía Aurora, no cansándose de admirar y besar el bello rostro de su amiga.

—¿Y á qué debo la dicha que en este momento me proporcionas...? Por supuesto—se interrumpió á sí misma haciendo un gracioso mohín—que desde luego bendigo el motivo, sea cual fuere, que me ha proporcionado el placer de estrecharte entre mis brazos.

—¡Ay, querida Aurora, el motivo es, por desgracia, bien triste!—dijo Luisita con triste acento.

El rostro de Aurora perdió su expresión de alegría, y besando á su amiga:

—¡Triste has dicho, querida mía! ¿Y qué es lo que te pueda causar á tí pena? Dime, dime pronto con confianza lo que te ocurre...

¡Qué alegría va á tener mi Ernesto cuando te vea! Porque mira, sin conocerte, te conoce. Le he hablado tanto de tí y con tanto entusiasmo, que participa de mi cariño hacia tí, y algunas veces tengo celos.

—Yo estaba en la creencia, querida Aurora, que te habías casado con Pepe.

—¡Ay, qué loquilla! ¿Dónde tienes la cabeza? ¿No recuerdas que te participé mi enlace?

—Esta es la primera noticia que tengo, querida Aurora.

—Ahora, en Mayo, va á hacer cuatro años que me casé con Ernesto...

—Ese es el tiempo que hace que me casé yo, y como al día siguiente de la boda nos fuimos al extranjero, esa ha sido seguramente la causa de no saber nada.

—Claro, y desde ese momento no pensaste más que en querer á tu marido y te olvidaste de las amigas.

Una triste sonrisa contraído con expresión dolorosa el hermoso rostro de Luisita.

—¿Y... eres feliz?—preguntó á su amiga.

—¿Yo... sí? ¿Y tú, Aurora? ¿Te quiere mucho tu esposo?

—Con delirio, querida Luisa.

Hace cuatro años que nos casamos y, desde entonces, no hemos tenido ni el más pequeño disgusto. Estamos en plena luna de miel. Yo adoro á mi esposo, el me adora á mí, y las únicas discusiones que tenemos es cuando nos ponemos á cuestionar sobre quién es el que quiere más al otro. Algunas veces—añadió riendo—hasta nos enfadamos, y cuando nos damos cuenta de ello, nos echamos á reír, y unos cuantos besos y abrazos son los encargados de poner paz entre nosotros.

Supongo que á tí te ocurrirá lo mismo con Luis, pues yo recuerdo que siendo novios estabas entusiasmada con él.

Luisita no contestó. Dos gruesas lágrimas se escaparon de sus pupilas, y rodando por sus blancas mejillas fueron á caer sobre el vestido.

—¿Qué es eso, Luisa mía? ¿Lloras?—dijo Aurora abrazando á su amiga cariñosamente.

—¡Soy muy desgraciada, querida Aurora! ¡Muy desgraciada!

—¡Tú desgraciada! ¿Y por qué, querida? ¿Quién puede tener el alma tan insensible para hacer te sufrir á tí?

—Mi esposo—dijo Luisa con la voz entrecortada por los sollozos, que se escapaban de su pecho.

Y entre lágrimas contó á su amiga su desgracia. Se había casado con el marqués de Camposanto, de quien se creía estar enamorada, cuando en realidad solo estaba de su título. Matrimonio de conveniencia fué por ambas partes. El, completamente arruinado, sólo fué buscando los miles que ella aportase al matrimonio; y ella, con la cabecita llena de ilusiones y ansiosa de lucirse y alternar en el gran mundo, se enamoró del título de marqués que le permitiría ver realizadas todas sus esperanzas.

Esta unión, en tales circunstancias, tenía que dar un resultado negativo.

Pasada la corta luna de miel, él se despojó de la careta de fingido amor con que hasta entonces se presentara, y empezó á realizar el objetivo que al casarse con el dinero de ella se propusiera.

Jugador y mujeriego, ya no consideró á su mujer como tal, sino como un objeto del que no se hace ningún caso una vez sacado de él todo el provecho que se esperaba. Se pasaba primeros días; luego semanas y hasta meses sin volver á su casa, y alguna vez le había visto ella en la calle dando el brazo á alguna elegante.

Lo que la pobre Luisa sufrió, en los cuatro años que llevaba de matrimonio, no acertaba á explicarlo. Otra cosa le hacía sufrir más aún; el recuerdo del otro. Ahora comprendía, aunque tarde, que le amaba, y que con él podía haber sido feliz.

Recordaba con honda pena el

día en que la declaró su amor. Recordaba sus palabras que estaban llenas de cariño y de respeto al mismo tiempo, al decir la que era ella la única mujer á quien quería, y que por ella, por su dicha y su felicidad, trabajaría infatigable, puesto que todo era para ella.

Recordaba con dolor la respuesta que dió á tanto amor, diciéndole que no le quería, y aún tuvo el atrevimiento de echarle en cara su pobreza.

El no insistió. Era demasiado noble para pretender conseguir á la fuerza un amor, que sólo podía hacerle feliz saliendo de lo íntimo del corazón.

Con el alma destrozada se fué lejos, muy lejos, cual si pretendiese, con la distancia, olvidar lo que para él sería inolvidable.

Un año hacía que recibió de América una carta; era de él.

Sabia su boda y deseaba, con frases en las que se reflejaba todo lo inmenso del amor que por ella aún sentía, que fuese completamente feliz.

Después no había vuelto á saber más de él.

Largo tiempo permanecieron abrazadas las dos amigas, pretendiendo Aurora, con sus besos y caricias, mitigar el intenso dolor de aquel corazón herido.

También Aurora lloraba, aun cuando sus lágrimas eran de felicidad, al pensar que ella había estado á punto de casarse por el interés.

—Ya sabes que mi padre estaba en buena posición, y me dotó espléndidamente.

Por esto mismo tuve un buen número de pretendientes que decían amarme mucho, cuando en realidad amaban á los miles que yo aportase al matrimonio. Todos ellos, menos uno, tenían buena posición; éste era Ernesto. Era amigo íntimo de la casa, y mi padre le apreciaba mucho por sus buenas cualidades. Aun cuando nunca se había atrevido á decirme una palabra de amor, yo comprendía que me amaba. Me lo decía la infinita ternura que había en sus miradas, y que pude advertir al sorprenderle varias veces en mi contemplación, la tristeza que se apoderó de él cuando supo que mi boda estaba concertada con uno de mis pretendientes. Yo también sentía hacia él un sentimiento que no acertaba á definir, si sería amistad ó sería algo más que amistad, amor. Pero Ernesto era pobre, muy pobre; no tenía más patrimonio que su nobleza de alma.

Un día, el día que siempre bendeciré con toda mi alma, tuve una idea, que me proporcionó la felicidad de que ahora disfruto.

Se lo manifesté á mi padre, y mi padre se rió de mí; mas como no sabía negarme nada, no tuvo inconveniente en ponerla en práctica.

A los pocos días se empezó á decir en la ciudad que la fortuna de mi padre había sufrido un gran quebranto, y que se vería obligado á disponer de mi dote. Yo quise llevar más allá mi idea, y á los pocos meses

figurábamos vender todo lo que poseíamos, para con su producto pagar fingidas deudas, y nos trasladamos á un pequeño pueblecillo, al amparo de un hermano de mi padre.

Esta estratagema dió sus resultados. Mi futuro esposo, al convencerse de lo que él creía nuestra ruina, nos fué abandonando poco á poco, hasta que lo hizo por completo. Ninguno de mis antiguos pretendientes, y que decían amarme tanto, tuvieron el valor de solicitarme por esposa. Yo estaba encantada de los resultados de mi idea, pues entonces comprendí que el amor que decían tenerme era únicamente por el valor monetario que yo representaba.

Cuando llegamos á hacer patente nuestra pobreza, se presentó Ernesto á pedir mi mano.

Este hecho me llenó de alegría, pues te confieso que ya le amaba, y me hizo comprender todo lo noble de su anterior conducta. Mi padre, siguiendo siempre mis indicaciones, quiso hacerle comprender nuestra fingida situación, y oyó de labios de Ernesto lo siguiente:

—Yo he amado siempre desinteresadamente á vuestra hija; ahora la amo con toda el alma, más si cabe que antes, porque ahora es tan pobre como yo. Yo soy joven, animoso, trabajaré sin descanso para ustedes dos, lleno de alegría y entusiasmo, porque es por ella y para ella, y si algún día logro hacerles volver á su antigua posición, entonces una alegría infinita inundará mi corazón, y diré: Tomad, mi querida Aurora; por tí y para tí he trabajado sin descanso hasta conseguir esto; sólo por tu amor y pensando en tí lo he hecho, acéptalo y permíteme que sólo te pida como pago un poco de tu cariño.

Había tal nobleza en sus palabras, tal lealtad y desinterés, expresaban sus ojos tan claramente el amor que por mí sentía, que presentándole mi mano, le dije:

—Tomad, Ernesto, mi padre quiere tener en vos un hijo, y yo os quiero como esposo.

Al poco tiempo nos casamos, y desde entonces ni la más pequeña nube ha empañado el cielo de nuestra felicidad.

Al terminar de hablar Aurora, abundantes lágrimas se escapaban de las pupilas de Luisita. Aurora la abrazaba estrechamente, diciéndola:

—¡No llores, querida mía! ¡Consuélate! Comprendo tu dolor y lo comparto. Te quedarás con nosotros. Ernesto y yo te querremos mucho, mucho, y estarás siempre á nuestro lado. No te acuerdes más de tu esposo...

—¡Ay, querida Aurora! A ese le tengo completamente olvidado...; pero al otro... tan feliz como hubiera podido ser con él...

En este momento apareció un hombre en el dintel de la puerta, y se detuvo al ver á Luisa.

Aurora dió un grito de alegría y corrió á abrazarse al cuello del recién llegado, diciendo:

—¡Ernesto! ¡Ernesto mío!

GERMÁN CUADRADO (Gece).





Práctica



Estafeta de La Moda Práctica

Luzbel.—Yo no dije que se llamaba usted *Luzbel*, sino que su nombre empezaba con *L* y terminaba con *l*. Y eso salió en la *Estafeta*. Portanto, sobratodo lo que me dice del rey de las tinieblas. No se canse en desfigurar la letra y en escribirme de modo ininteligible, porque, por mi parte, doy por terminado este asunto. Repito que sé quién es usted.

Mari Sol.—No me parece que debía usted trocar el color de sus cabellos castaños por el negro. Pero si tal es su capricho, puede conseguir lo que desea con la fórmula del tinte *Jouvence*, inofensivo y de efectos rápidos.

Contra los sabañones, se hace hervir apio, se retira del fuego y se deja que la temperatura disminuya un poco. Cuando las manos pueden resistir el calor del agua, se meten en ella durante diez minutos, se enjugan y se mantienen al abrigo del frío y del aire.

Se repite la operación dos veces al día, por lo menos, recalentando el agua, la que puede servir por media docena de veces. Ahora bien; si los sabañones que usted padece son de carácter ulceroso, dígamele que sé de un buen remedio para este caso particular.

Una que no quiere suegra.—Indíqueme su nombre y señas y acaso pueda yo servirla en lo que desea.

Una entusiasta de Benavente.—Sus cupones no van—como usted sospecha—al cesto de los papeles. Entraron todos en suerte. No puedo contestar sin que llegue el turno de respuesta. Recomiendo su ruego en la sección de dibujos.

Amadis de Gaula.—Si nos ponemos caballerosos va á ser cosa de calzarse el coturno. No están las cosas para romanticismos. Créame usted. Y lo mejor es que dejemos de maternos en libros de caballería.

En cuanto á las vetas del pelo que tanto mortifican á su hermanita, dígamele que se igualará el color de sus cabellos empleando las lociones de Agua Oriental, y por lo que respecta á lo que me dice de sus insomnios, lo primerito que debe hacer es no dormirse con la novela entre las manos.

Una zaragozana.—Se recibió el cupón, y respecto al tiempo en que ha de tardar una respuesta en la *Estafeta* he de decirle que no puedo contestarle de un modo absoluto. Ello depende del número de cartas que haya por contestar.

Una prisaña de la Secretaria.—En efecto; «soy cubanita, soy de la playa hermosa» y no le sigo cantando la popular habanera por no robar sitio á otras más importantes manifestacio-

nes y que son, á saber: que lo cione diariamente el pelo de la pequeña con manzanilla en infusión. Usted, para lo de las prematuras arrugas en el rostro, emplee el tratamiento del Agua de la Juventud, con lo que indefectiblemente le desaparecerán las patas de gallo. Use para los dientes jabón amigdalino y, desde luego, un buen elixir. En cuanto á los secretos que dice usted que *nos unen*, he de manifestarle que acaso sea yo de las pocas personas que carece en absoluto de toda clase de misterios. Desgraciadamente, he vivido siempre en una especie de fanal abierto á las miradas de todo el mundo. Si usted me prueba lo contrario, estoy dispuesta á rectificar. Con que espero sus órdenes.

R. O. de L.—En la Administración dejo nota de la renovación de su abono al periódico. Recomiendo su ruego en la sección correspondiente. Se recibieron sus cupones, que desde luego entraron en suerte.

Yo, siempre cavilando.—Su carta es un alto ejemplo de discreción. Así es que voy á darle un consejo difícil de seguir; pero el único lógico en el caso que me consulta.

Si hace mucho tiempo que están ustedes casados «haga usted la vista gorda», guardando con su esposo una fría, pero cortés corrección. Si aún están ustedes en la luna de miel, interpelele sobre el caso y no admita dualismos que, si es verdad que pueden ser compatibles con el cariño, en modo alguno lo son con los exclusivismos del amor, donde todo es apasionamiento.

Azucena.—Es muy conveniente que de vez en cuando lave los ojos con agua templada y en la que se haya disuelto un poco de sal. Para el aterciopelado del cutis y lograr en él una semejanza con la delicada y suprema operación del *estuco* que se practica en París, use usted la receta de los polvos *toujours vingt ans*, que entre otras cualidades tienen la de ser muy adherentes.

M. D. M.—Estimo que, por lo que me consulta, ha de servirle muy mucho el Agua de Belleza, con otras aplicaciones, muchas de ellas *ad hoc* en el caso de usted.

Respecto al remedio de que me habla para el cabello, pregunte usted en las buenas perfumerías.

La mexicana.—Emplee la cerveza tibia al tiempo de acostarse y al peinar los cabellos. Use la á diario y dese las lociones con un cepillito. Sea usted más extensa en lo que desea para el busto. Y puede preguntarme cuanto desee que á todo he de contestar con gusto.

Una veluda.—Emplee usted

el procedimiento de la electro- lisis, ó sea la epilación por la electricidad, porque si bien es cierto que hay otros muchos medios recomendados para combatir el vello, en mi opinión no son del todo eficaces. Acuda á lo que le digo, operación que ha de practicar una persona entendida.

Ade ina.—Para suavizar y blanquear el cutis y las manos no encontrará nada como la pasta y crema *Izur*. La encontrará: Carmen, 2.

Una que no es feliz.—Los cabellos son de naturaleza grasa ó seca. Combatir lo primero es, desgraciadamente, muy difícil. No obstante, mientras el pelo está más al aire, menos propensos se hallan á contraer los vicios de que adolecen. Por eso debe usted deshacerse el peinado antes de acostarse. Pátese, con frecuencia, un cepillo duro, y no se olvide que los metálicos son muy buenos.

Contra la caída de los cabellos es remedio soberano jabonar el cuero cabelludo, valiéndose de una pequeña brocha con la que se frota el casco. Aclárese con agua caliente á la que se haya añadido un poco de bicarbonato de sosa.

Para hacer desaparecer las pecas hágase hervir harina de avena en agua durante algunos minutos, pátese luego por un lienzo fino, agréguesele unas gotas de Agua de Colonia y lávese el rostro con este preparado dos ó tres veces por día.

Coral fino.—En mi concepto, la amistad de esa niña «gomosa» puede perjudicarle en muchos conceptos, y créame usted, si no pone remedio inmediato á la frecuencia de esas visitas extrañas, peligra el corazón de Arturo.

Para igualar el color de los cabellos, dan resultado excelente las lociones de Agua Oriental, remedio con el que desaparecerán esos matices de caoba que tan preocupada la tienen.

Arco Iris.—Contra las huellas de las viruelas emplee el Agua de la Juventud, que positivamente las hace desaparecer, teniendo un poco de constancia en el tratamiento.

¿Qué es lo que quiere decir escribiendo «carne de avellana»? Así dicen las vienesas de los cutis aterciopelados, mates y de ligero color sonrosado. La «carne avellana» puede usted lograrla con la receta de los polvos «Siempre veinte años».

P. de S.—¡Pero, señor mío! ¿Usted se cree que yo he quedado para oficiar de tercera persona en asuntos de amor? Con el mayor descaro me pide usted que le busque una novia entre los quince y los veinte. ¡Habría, se visto! Una cosa es que yo, por complacer á las suscriptoras, me

esfuerce en complacerlas aconsejándolas en todo lo que me consultan, y otra es que haya establecido ninguna agencia de noviazgos, papel poco lucido para LA MODA PRÁCTICA y para mí. Deploro que no sea usted un *biblot*—como también me dice en su carta—importándome muy poco que sea usted ó deje de ser el «espantapájaros» de que me habla. ¡Y vuelva por otra, seor enamorado!

J. R.—(Con garabatos de firma). En primer lugar, sábanas se escribe con *b* de burro.

La sección de dibujos la ha complacido hasta donde ha podido. Si quiere usted el dibujo mayor y más bonito, tendrá que mandarlo hacer á un especialista y le costará á usted los cuartos.

¿Qué dice usted á esto? ¡Ah! Y si usted se allana diríjase al administrador de LA MODA PRÁCTICA, pues yo estoy siempre ocupadísima con el trabajo que todas ustedes me dan, que no es flojo.

Comprenderá que, habiendo recibido su carta, obra en nuestro poder el cupón, y no le quepa la menor duda que entra en suerte.

Maritula.—Un año de riguroso y seis meses de alivio y mandar otra cosa.

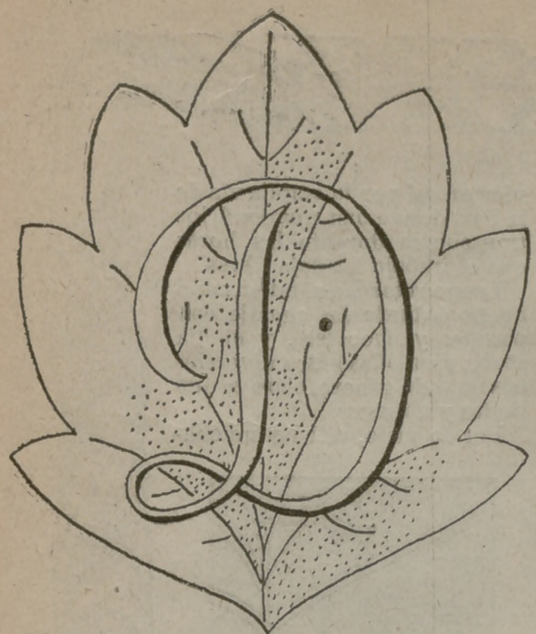
¡Viva Francia!—Hija mía, su postal es la primera noticia que de su amable y distingui persona llega á mi mano. ¿Tiene usted la bondad de repetir lo que desea?

Una incrédula.—Está mal escogido el pseudónimo; usted debe ser una pesimista y de las de tomo y lomo. No tiene usted razón en nada de lo que dice, puesto que después de recibida su carta se han publicado patrones de faldas, blusas y vestidos, completos de señora, y que así como usted pide esas cosas, hay otras muchas suscriptoras que nos piden lo que á usted no le hace gracia.

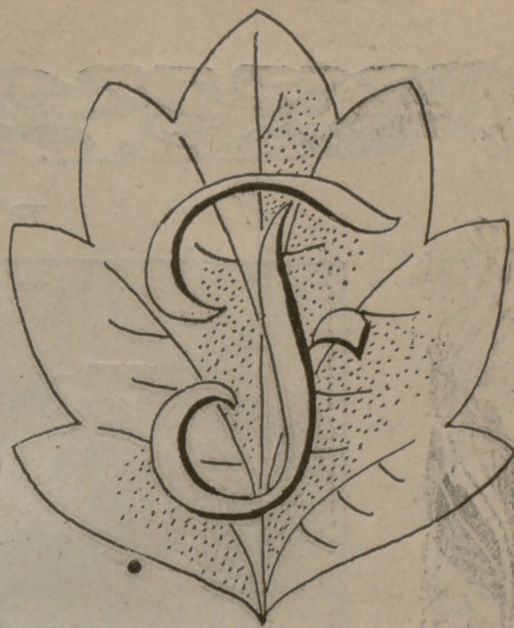
Y todo se andará, y para que vea que queremos complacerla, mándeme usted particularmente sus medidas y las complacémos.

Está usted equivocada respecto á lo que dice del sorteo. Prueba al canto: en nuestro poder obran regalos sin recoger por las interesadas cuando se hacía en combinación con la lotería. Ahora no; y usted se convencerá, pues todos los meses en los números de final de mes vienen los nombres con las direcciones y destinos de las ó los agraciados. Los cuales se apresuran á recogerlos, y la administración de LA MODA PRÁCTICA á enviárselos cuando residen fuera.

La Secretaria.



1.



2.



3.



4.



5.

6.

Felix

consuelo

Felisa

M. SALVI

PARISINAS



Una alegre ronda de «midinettes», adornadas con flores, en la gran plaza de Vendome.

LA PATRONA DE LAS SOLTERAS

«¡Ay, santo de las niñas;
ay, San Antonio;
ay, abogado nuestro:
dános un noviol...
¡Ay, sí, por Dios;
buena falta nos hace...
el venga á nos!»

(El salto de el pasieg).

Según una antigua costumbre en Francia, las «midinettes»—ó sea, las modistillas de por aquí—celebran el 25 de Noviembre la fiesta de Santa Catalina, que es allende los Pirineos la patrona de las solteras.

Las que pasan de 25 años se cubren la cabeza con un *bonnet*, más ó menos caprichoso y fantástico. Las que no llegan á esa edad se tocan con flores, naturales ó artificiales, ó con cintas. Lo general es ponerse un lazo entre los cabellos... por si acaso cae en él algún hombre.

Embellcidas de ese modo, las «midinettes» abandonan sus obradores, cantando y bailando por las calles, y se solazan y di-



Tres protegidas de la Santa, que se cubren con sombreros ó gorras para aumentarse así los años.

vierten así por la amplia vía de la Paz, donde dan guerra á los transeuntes durante las horas que el trabajo les deja libres.

Luego retornan al taller, cuyo dueño ó dueña las agasaja con pasteles y chocolate, y el día acaba para ellas entre diversiones de todo género, claro es que lícitas y honestas.

Por lo visto, allí las mucha-



El «bonet» más original de la última fiesta: un aeroplano, chas en estado de merecer no se acuerdan maldito del casamentero santo de Pauda, como hacen las de estas latitudes, sino que encomiendan á la bienaventurada en cuestión el arreglo de sus ansias matrimoniales.

Pero, en la mayoría de los casos, «¡que si quíes arroz, Catalina!», como diría—á estar en París—cualquiera de nuestros académicos de Lavapies...

LAS ELECCIONES EN PORTSMOUTH



Particularmente en los países anglo-sajones el bello sexo no se resigna á la tarea «clásica» de zurcir los calcetines, y en nombre de eso que se llama la emancipación de la mujer no se contentan con ser abogadas, médicas é ingenieras, sino que decididas á intervenir en la cosa pública, ya ven ustedes por la fotografía que publicamos cómo saben escalar la tribuna del pueblo tratando de convencer á las multitudes.

En la instantánea de Delius aparece una sufragista, miss Douglas Smith, pronunciando un discurso de propaganda electoral ante millares de trabajadores y marinos del punto de Portsmouth.

La perorata de la futura diputada fué acogida con calurosas manifestaciones de entusiasmo.

EL BAILE A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Danzas populares españolas.

El baile es tan antiguo como el hombre, y fué, desde luego, la muestra más espontánea del regocijo de los pueblos.

Su primera, cuanto rudimentaria manifestación debió consistir en saltos y brincos, muy luego precisados por cadencias y medidos por los compases de un instrumento músico.

Autorizados textos de todas las épocas ofrecen testimonio de la existencia del baile en las civilizaciones pasadas. De la egipcia, quedan las figuras de Menfis y Tebas, representando bailarines y bailarinas.

Los sacerdotes hebreos expresaban bailando su reconocimiento al Todopoderoso. Los israelitas demostraron a Dios su gratitud por haberles pasado el Mar Rojo danzando al compás de la música que improvisó la hermana de Moisés.

En Grecia, la «danza sagrada» tuvo mayor importancia que en ningún otro pueblo de la antigüedad, pues se practicaba en todos los cultos.

Por lo que hace a Roma, Rómulo inventó la primera danza de guerra, que se ejecutaba con armas en torno del altar de Marte, siendo de advertir que tales costumbres se conservaron después de la caída del Imperio romano, pues los godos consintieron a los vencidos la práctica de sus juegos, ejecutados incluso por suevos, vándalos y alanos.

Los primeros discípulos de Cristo introdujeron la danza en los ritos de la Iglesia, formando reuniones de hombres y mujeres, que se retiraban al desierto para bailar por devoción.

Un obispo prohibió en el siglo vi esta costumbre tomada del paganismo, y quedó el baile completamente separado de la Iglesia, constituyendo desde entonces un pasatiempo mundano.

No obstante, es preciso advertir que en el siglo xiv el baile volvió a merecer los favores de la clerecía, tanto que ésta, después del Concilio de Trento, organizó un baile en el cual tomaron parte cardenales y obispos, alternando con damas y señores encumbrados.

Entre los pueblos católicos no pudo desterrarse el baile como costumbre religiosa popular con ocasión de algunas festividades y aún subsiste alguno, aunque por excepción.

La catedral de Sevilla quizá sea el único templo del mundo católico que conserva el antiquísimo «baile de los seis» delante del Santísimo Sacramento en el

triduo de Carnaval y en las octavas del Corpus y de la Concepción.

El Renacimiento italiano, in fluyendo poderosamente en las costumbres, vino a imprimir carácter más disipador y cortesano al baile.

Fijándonos especialmente en España, durante el período de la Edad Media y poco antes de la dominación austriaca, estilábase unas danzas de escuela, que se distinguían por los nombres de «gallarda», «pavana», «turdiori», «piedelgibao», etc., y entre los bailes populares la «zarabanda», la «chacóna», las «gambetas», el «rastroj», el «pésame», «de allá y más», la «gorrona», la «pipironda», el «villano», el «pollo», el «guinco» y otros. Tales nombres estaban tomados generalmente de las canciones con que se acompañaban los bailes.

Durante los tres últimos siglos se bailaron el «rastroj», el «tárraga» y la «jácara», entre las danzas del estado llano, y las «folias», el «torneo», la «hacha», la «alemana» y el «canario», como danzas propias de los nobles. El acompañamiento se hacía con guitarra.

Durante el siglo xviii hicieron furor el «minué», el «pasapié», el «amable» y después la contradanza, a que tan aficionada se mostraba a la sazón la juventud, por ser baile regocijado y de moda, y que podía ser «cuadrada», «larga», «gentil a lo largo», «de dos pasos ó en redondo», y, por último «en cuadro» y «con luces».

Los bailes llamados de sociedad no empezaron a cultivarse, como apuntado queda, hasta fines de la Edad Media, alcanzando extraordinario auge en la época de Luis xiv, mereciendo la categoría de Arte y, como tal, que sobre él se dictaran reglas, en cifras especiales escritas por verdaderos maestros.

Considerado el baile desde el punto de vista docente y útil, los tratadistas le señalan como medio de fortalecimiento y desarrollo general, más completo que la esgrima y que la equitación, muy recomendable a las mujeres, a causa de su constitución delicada y de la vida inactiva que, por lo común, hacen, y como elemento indispensable para desenvolver, con más suavidad y morbidez que la gimnasia, la gracia y bellas formas del cuerpo.

Además, el baile está mirado como poderoso factor de la exquisita cuanto galante cortesía de la alta sociedad.

Respecto a los que se estilan hoy, aparte del «minué»—que ya sólo se ejecuta con ocasión de algún baile de traves ó de máscaras—, tenemos el «rigodón», procedente de la antigua «quadrille» francesa. Los «lanceros», que, como es sabido, también están pasados de moda, fueron inventados en Inglaterra a fines del siglo xviii. En París fueron sustituidos por el «polo americano», cuyas reglas dictó el célebre Paul.

El «vals» procede de Suiza y es el baile nacional de Alemania.

La «polka» es originaria de Polonia, y de allí pasó a Hungría; la «mazurca» es una variante muy complicada cuando se baila según las reglas de los preceptistas, quienes entienden que no

debe bailarse en los salones, sino en el teatro, y que por esto se ha simplificado bajo el nombre de polka-mazurca.

El chulesco «schottisch», ¡quién lo dijera!, es de procedencia escocesa y fué introducido en Francia después de la polka. Luego se madrileñizó, tanto que Eusebio Blasco pudo decir de este baile:

«Baile madrileño de sangre y de raza, único en el mundo, invención «de aquí»; mezcla de paseo, de baile y de abrazo, de aves y suspiros, y cosas así.»

En cuanto a los bailes populares, no cabe duda de que a España le corresponde el primer lugar, pues que ningún país lo ha cultivado con mayor entusiasmo y más gracia, ni con arte más especial, siquiera esté poco sometido a reglas. La viveza meridional de nuestro carácter así lo justifica. La tierra andaluza sobrepaja en este punto a las demás comarcas españolas, siendo populares en ella muy diversas clases de bailes, entre ellos el «fandango», las «malagueñas» y las «seguidillas», de que ya hablaba Cervantes. De este último baile vino el «bolero», así llamado del nombre de su inventor Antón Boliche, caballero sevillano. El «bolero» tiene el paso de la «chacóna» y del «bureo», y su compás está acomodado a los del «fandango», los «polos» y de la «tirana». Las «glisas», el «mata-la-araña», el «laberinto», la «macarena», el «pasaré», el «tacioneo», el «avance y retirada», el «paso marcial», las «puntas», la «vuelta de pecho», la «vuelta perdida» y los «trenzados», fueron otras tantas variantes del «bolero», que después de haber hecho pagar con la vida a algunos la ejecución de sus difíciles pasos, apareció reformado en Madrid por el bailarín murciano Requejo.

El «zorongo», el «charandé» y el «cachirulo» fueron otras tantas variaciones del primitivo bolero, siendo también de citar la «cachucha», el «zapateado», y la «guaracha», esencialmente andaluza y árabe hasta por el nombre que significa alegría.

El popularísimo cante y baile de las «peteneras» deben su nombre a una mocita juncal que inventó ese estilo hacia el promedio del pasado siglo. Había nacido en Paterna de la Ribera, y la llamaban «la Petenera», porque de «paternera» dicen los andaluces «patehnera (algo aspirada la h), y de «patehnera a «petenera» va un paso corto, que mis paisanos salvan muy fácilmente—dice el erudito escritor D. Francisco Rodríguez Marín.

De las fatiguillas que hizo pasar «la Petenera», dan claro testimonio estos conocidos cantares, expresión de los celos y de sentidos desdenes:

«La Petenera» malhaya y quien la trujo a esta tierra. Que «la Petenera» es causa de que los hombres se pierdan.

Quien te puso «Petenera» no te supo poner nombre, que te debió de haber puesto la pérdida de los hombres.»

Entre las 36 danzas vascongadas, el «aurresku» es la más típica y también la más conocida. Su aspecto guerrero revela un origen primitivo.

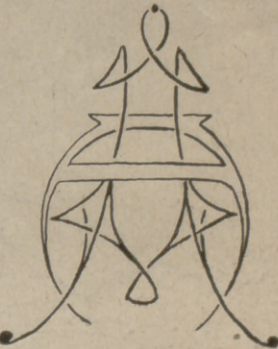
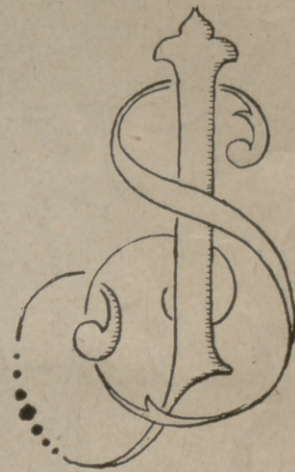
En Aragón, ya se sabe, no pue-

de haber próspero suceso que no se amenice con su «miaja é jota».

En el Ampurdán se conserva la «sardana», que constituye un recuerdo de la danza pirrica.

Hablemos, por último, de la «muiñeira». Para entender su sentido es preciso haber visto la luz en los valles gallegos. Sólo así se percibe la expresión de un baile tan virgiliano, que inspiró a la condesa de Pardo Bazán estos sentidos renglones: «en la «muiñeira», lo mismo que en la «alborada», no domina lo triste, ó está compensado por una maliciosa alegría, una expresión de júbilo pasajera, como son siempre pasajeras las alegrías del aldeano. Hay humorismo y donaire en las notas rústicas de la «muiñeira», que parecen saltar a manera de pajarillos moviendo susurros en el ramaje, salvando por los aires las gotas de rocío suspensas en las hojas. Esta mezcla de melancolía y de gozo, este no saberse si canta ó llora la «muiñeira», es lo que la hace delicada y sentimental entre todos los bailes españoles; lo que la identifica con la naturaleza y la convierte en expresión de una tierra, en manifestación de una raza.»

ENRIQUE SÁ DEL REY.



Enlaces de las letras JS y AA para bordar en ropa blanca.

A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. Martín G.º Labiano. Plaza Santa Cruz. 1. E. quina a la de Bolsa.

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España San Alberto, 1, Madrid

Academia modelo de corte y confección Enseñanza completa garantizada. Jesús de Valle, 6.



Sombrero marqués, en terciopelo, con galón dorado en forma de lazo de corbata.

Wilhelmina

R

T

Paulina

Q

B

S

J

Augusta